

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 59.—15 de Agosto de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

MARTIN Y MARTINA.

A muchos de nuestros lectores habrá sucedido alguna vez, leyendo una novela de interés palpitante ó asistiendo á la representacion de uno de esos dramas que arrancan lágrimas, admirar la fecunda imaginacion del escritor, que arregló á su placer las situaciones mas patéticas, y decir para sus adentros: «Estas cosas solo se ven en los libros y en el teatro.»

Cuando así comparamos la ficcion con la realidad, es porque nos impregnamos, sin poderlo evitar, de lo que pasa en la sociedad tranquila y venturosa en que vivimos. En ella casi todo, hasta las penas, son sucesos vulgares: unos rien, otros lloran; pero todo sujeto á cierta regularidad y con consuelos atenuantes que ayudan á sufrir. Otra cosa sería si profundizásemos en las capas inferiores de la sociedad desventurada que gime á nuestro lado, aunque apenas percibimos sus quejidos. Si les prestáramos oido atento, si la voz del egoismo no apagase la de la compasion, quizás en nuestra calle, en nuestra vecindad, acaso en nuestra misma casa, veríamos dramas dolorosos, capaces de entusiasmar al autor que busca situaciones de escepcional interés para conmover al público. La historia bien escudriñada ofrece y enseña todo lo que puede fingir la novela.

Uno de esos dramas vamos hoy á referir á nuestros lectores, en el que no hay nada que sea invencion nuestra. Somos meros copistas del cuadro que hace pocos dias nos trazaba un querido amigo y suscriptor; cuadro que llegamos á pensar tuviese algo de exagerado, pero que luego, cuando hemos visto las personas y examinado los hechos, reconocemos fue verídica relacion.

En esta coronada villa, centro de la política que preocupa, del lujo que seduce, de la bolsa que enloquece y del placer que embriaga, no todos navegan en ese mar de ambiciones y de goces: hay fa-

milias modestas, pobres, sencillas, felices á su modo, que luchan con las tormentas de la vida, oponiendo á su empuje una resignación envidiable y una tranquila serenidad de espíritu. Tal era la de un jóven jornalero, á quien llamaremos *Martin* por llamarle de algun modo, y su esposa, á quien daremos el nombre de *Martina* aunque tampoco sea el suyo, que vivian en el cuarto piso de una casa del barrio del Barquillo.

Martin era obrero de la clase mas humilde en una de las empresas industriales mas importantes de esta villa, honrado, laborioso, amante de su mujer y ansioso de adelantar en su trabajo para adelantar tambien en sueldo. *Martina* era digna esposa de tal marido. La paz reinaba en aquella familia. Por su mútuo cariño y por su carácter exento de ambiciones, parecian dos personas llamadas á la tranquila felicidad posible en este mundo; pero la Providencia, que sabe bien lo que se hace, habia dispuesto todo lo contrario.

Empezaron á tener hijos: en pocos años hubo ya tres tiernas bocas que alimentar; pero *Martin*, á cada nuevo hijo redoblaba su asidua laboriosidad y esta iba recibiendo progresiva recompensa. Empezó con 7 reales de jornal y llegó á tener, aunque por poco tiempo, 6000 rs. anuales de sueldo, siempre en la misma empresa. Solia decir con festiva sencillez, que cada hijo que le venia al mundo le traia un aumento de salario. Seis mil reales de sueldo fijo eran una fortuna para quien creyó vivir siempre con un precario y mezquino jornal.

Esta época de bienestar duró poco. La primera desgracia fué que, casi á un mismo tiempo, se le rebajó el sueldo por reformas económicas y los tres hijos adquirieron simultáneamente una terrible enfermedad en la vista, cuya causa nunca se logró descubrir. Todos tres estuvieron durante algunos meses casi enteramente ciegos, y lo peor fue que *Martina* contrajo la misma enfermedad. Nodriz de sus hijos, cual buena madre, mientras lactaba al mas pequeño, aspiraba sin duda los efluvios misteriosos del mal: los ojos amorosos de la madre, fijos con intensa mirada en los ojos enfermos del hijo, recibieron de estos el contagio.

Era un triste cuadro el que ofrecia aquella familia cuando asistia á la consulta gratuita de uno de nuestros afamados oculistas. *Martina*, ciega, iba apoyada en su madre, pobre mujer achacosa; y los niños, ciegos tambien, la seguian, formando cadena de sus brazos que les guiaba por la calle.

Los niños curaron, aunque han quedado con la vista muy delicada: la madre no. Despues de operaciones dolorosas, que no dieron resultado, el médico tuvo que declararla incurable. La ciencia

es impotente y tiene que humillarse, cuando Dios condena los ojos á la oscuridad.

La infeliz Martina soportó valerosamente esta sentencia: le quedaba algun resto débil de vista y se hacia la ilusion de que no era ciega. Su marido, sin embargo, advertia los progresos del mal y media la profundidad de su desgracia. Entre las clases acomodadas, si la madre de familia queda ciega, hay quien la sirva y la reemplace; pero en la casa del jornalero, si la mujer queda inútil por falta de vista, ¿quién cuidará del menaje y de los hijos, estando el padre todo el dia en su trabajo?

Martin veia esta perspectiva y derramaba lleno de afliccion lágrimas de intensa amargura, que procuraba, sin embargo, fuesen silenciosas y sin sollozo, para que la pobre ciega no padeciese mas al sentir la pena de su marido.

En tal estado se anunció un nuevo aumento de familia. El cuarto hijo iba á nacer y á agravar las penalidades de la casa. Y nació, en fin; pero ¡en qué circunstancias tan terribles.....!

Era una madrugada fria de invierno: hacia solo dos horas que Martina habia dado á luz: su marido, triste y abatido, estaba apoyado sobre una mesa frente al lecho de su esposa querida. ¡Qué pasaría por aquella alma apenada ya por tantos sufrimientos y abatida por la perspectiva del porvenir! Tal vez las cavilaciones habian minado su fuerte constitucion sanguínea con alguna de esas lesiones orgánicas que no perdonan, pues de repente cerró los ojos, lanzó un hondo suspiro y cayó desplomado en el suelo. La pobre enferma gritó; vinieron los vecinos, se llamó al médico..... ¡Todo inútil! El infeliz Martin, víctima de un derrame cerebral, era cadáver.

Aquellas buenas gentes, inspiradas de discreta compasion, supieron ocultar á la pobre ciega que era ya viuda; la dijeron que su marido tenia solo un accidente pasagero, impusieron silencio á los niños que lloraban ya su horfandad, y todos hicieron un esfuerzo de serenidad para evitar que, conociendo la recien parida esta horrosa desgracia, sucumbiese á su pena.

Como la muerte de Martin fue repentina, hubo que dar cuenta á la autoridad y vino el Juez de primera instancia y el escribano. ¡Dignos funcionarios!..... Enterados por la portera de la casa de lo que ocurría en la boardilla, y no pudiendo prescindir de llenar su deber, se prestaron con caritativo interés á la ficcion de presentarse á la pobre ciega como médico y dependiente de la Casa de Socorro y la dijeron que era preciso trasladar á su marido á dicha casa, porque empezaba á volver en sí y estaría allí mejor asistido. Entraron

luego los sepultureros para llevarse al muerto; la enferma creyó que eran solo los camilleros de la Casa de Socorro y les pedia lo manejasen con cuidado. Dícese, y lo creemos, que el Juez, al bajar de aquella mansion de dolor, enjugaba lágrimas de enternecimiento.

Para completar el cuadro, para hacer mas triste el porvenir de esa pobre familia, habia una circunstancia harto agravante que tal vez influyó mucho en el accidente mortal de Martin. Agotados los recursos con las enfermedades, todo el caudal que habia en la casa en aquel momento era una moneda de diez reales. La caridad suplió lo necesario en los primeros momentos.

A medida que Martina iba restableciéndose, crecia su ansiedad por saber de su marido: dos y tres veces al dia enviaba al niño mayor á la Casa de Socorro para traerle noticias; y el pobre niño, aleccionado por los vecinos, contribuia á sostener la ilusion de su madre.

Al fin fue preciso descubrirle la verdad. El dolor de la viuda fue vehementísimo, pero el amor maternal la sostuvo. Comprendió que, aunque ciega, se debia á sus hijos; por ellos se hizo superior á todo; por ellos quiso vivir; por ellos vive.

¿Cómo se mantiene hoy esa desventurada familia? Con milagros de caridad. Hay gentes compasivas; vecinos que presenciaron la catástrofe, y que ayudan á aquellos desgraciados con sus simpatías y con sus limosnas.

Pero en toda esta historia hay algo mas que sobresale entre tanto detalle doloroso, que se resiste á la descripcion escrita, que se necesita verlo para admirarlo. Tal es el aspecto y las palabras de la pobre Martina. Jóven aún, miserable, ciega y madre de cuatro hijos, ha logrado inspirarse de una fe religiosa que conmueve y de una santa resignacion que entenece. Cuando refiere sus desventuras, lo hace con tal sencillez, que parece cuenta la historia de otra persona. No llora, no se aflige, no se desespera, no importuna ni pide nada. Bendice á Dios, y de él en el cielo y de las buenas almas en la tierra, espera con confianza el pan nuestro de cada dia, sin preocuparse por el de mañana.

Madres felices, jóvenes y ricas, que os considerais agobiadas por el cuidado incesante que requieren dos ó tres niños pequeños, aprended de la pobre Martina: tiene cuatro, está ciega é inútil, pues solo la ayuda algo su madre achacosa y enferma tambien; y sin embargo, á tientas los viste, los cuida, los educa á su modo, y para el porvenir dice con ardiente fe: «Dios es el padre de todos y no abandonará á mis hijos.»

El que la ve y la habla no puede figurarse que sea una mujer

descendida al último grado de la desgracia. ¡Prodigio admirable obrado por una resignacion religiosa bien arraigada!

¡Feliz quien la posee!

¡Feliz quien logre imitarla!

Antonio Guerola.

CONGRESO INTERNACIONAL

PARA LA MEJORA DEL SISTEMA PENITENCIARIO.

Inglaterra nos da continuamente nuevas pruebas de los adelantos que allí se hacen en el estudio de las principales cuestiones que interesan al bienestar material y moral de la sociedad. Entre ellas no podria quedar relegada al olvido la mejora del sistema penitenciario; de ese sistema que inició como ciencia el inglés Howard en 1776, despues de recorrer los principales paises civilizados para estudiar profundamente esta materia.

Dando, pues, los ingleses, siempre y mas ahora, la importancia que la misma merece, y no satisfechos con los adelantos obtenidos hasta el dia, han reunido en un congreso internacional á representantes de las principales naciones, para ventilar diversos puntos referentes á ese sistema, segun las lecciones de la esperiencia observada en cada pais.

La reunion y primera sesion del Congreso acaba de verificarse en Londres, en la sala de Medle-Temple, asistiendo representantes de Alemania, Austria, Bélgica, Chile, España, Estados-Unidos de América, Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Suecia, Suiza y Turquía.

Los periódicos ingleses han publicado hasta ahora tan solo extractos muy abreviados de la primera sesion del Congreso. Una correspondencia del ilustrado *Diario de Barcelona*, periódico notable en todo lo bueno, especialmente por los escelentes corresponsales que tiene en los principales puntos del mundo, da sobre esto algunos detalles curiosos. He aqui sus palabras.

«Este Congreso, dividido en tres secciones, para que en cada una de ellas pudieran pronunciarse discursos en inglés, en francés y en aleman, presidiendo una de estas secciones el cardenal Manning, y tomando parte en sus deliberaciones, al par que los hombres mas eminentes en la materia, damas, cuyo sentimiento de humanidad duplicaba sus talentos, ha causado gran sensacion en Londres, y será de un efecto favorable en Europa.

»El representante de Rusia ha espuesto ante este congreso lo que era el sistema penitenciario en Siberia, combinado con el tra-

bajo, y mucho menos duro de lo que se cree generalmente; los representantes de Bélgica han espuesto con gran lucidez los inconvenientes y las ventajas del sistema penitenciario celular, del que es modelo uno de los establecimientos inmediatos á Bruselas; los distinguidos representantes de los varios Estados de Alemania, que rivaliza con Inglaterra en instituciones benéficas y en adelantos sociales, han hecho ver los resultados obtenidos, aquí por la separacion de edades, allí por el trabajo combinado con la educacion religiosa; la célebre prision de Mazas, en Francia, ha servido para examinar ese sistema misto de régimen celular y de reunion para determinados actos de los presos, que prevalece allí; mientras los directores de los magníficos establecimientos ingleses de Woking, Foulham y otros han presentado todos los efectos que sus mejoras constantes producen en el régimen penitenciario. La opinion general parece haberse inclinado hácia el sistema de Irlanda, donde el preso pasa por tres estados distintos; la reclusion absoluta, la prision mitigada por el contacto con los otros presos y por un trabajo retribuido, y la detencion, por último, con ciertas agradables distracciones, á medida que va mejorando su conducta moral.

»En lo que la unanimidad del Congreso ha convenido es en la influencia poderosa del sacerdote ilustrado, que como padre conversa diariamente con los presos; en la conveniencia de un trabajo moderado retribuido, alternando con lecturas agradables y morales y con esa clase de placeres que, como la música, parecen dulcificar los caracteres mas terribles; y por último, con la influencia poderosísima que la mujer, mientras mas distinguida sea por su clase, por su talento ó por su elevacion moral, produce en el preso, ya sea de su propio sexo, ya niño, ya, muchas veces, hombre. Sobre esto se han visto en Inglaterra ejemplos asombrosos; y lo que la Hermana de la Caridad es en los hospitales ó en el campo de batalla, la dama inglesa, á contar por las ladys de la mas alta aristocracia, la representa admirablemente en sus establecimientos penitenciarios. Inútil es decir que las señoras que han tomado parte, ilustrándolos, en estos debates, son de las que dan el ejemplo de esta verdadera caridad cristiana, que tanto enaltece á la mujer inglesa á los ojos del mundo.»

Otras correspondencias nos indican las cuestiones principales que se han discutido en la primera sesion y que han sido las siguientes:

1.^a Minimum á máximum de presos que deberá haber en cada prision.

2.^a Si la clasificacion de los presos con arreglo á su moralidad debe ser considerada como la base principal del sistema penitenciario.

3.^a Si el sistema penitenciario debe ser reglamentado por una ley.

4.^a Clase de instruccion ó preparacion que deben tener los empleados en los establecimientos penales.

5.^a Castigos en el régimen interior de las prisiones.

6.^a Instruccion que debe darse á los presos.

7.^a Si debe entrar en el sistema penitenciario la deportacion, y naturaleza de esta.

8.^a Si la pena de prision debe ser uniforme, variando solo en su duracion, ó si deben admitirse varias clases de reclusion segun los delitos.

9.^a Si para delitos leves podria admitirse una clase de prision, sin mas efecto que la privacion de la libertad, pero sin trabajo obligatorio y sin contacto con los otros penados.

10.^a Si la pena de prision por corto tiempo podria suplirse por un trabajo forzado, sin privacion de libertad.

11.^a Si la reclusion debe llegar al grado de perpétua.

12.^a Aplicacion de la gracia de indulto.

La sola enunciacion de estas cuestiones indica la importancia de su estudio y de que sean ámpliamente debatidas. Por desgracia, la mayor parte de ellas quedaron aplazadas para la segunda sesion del Congreso, y no conocemos por lo tanto la opinion predominante en el mismo sobre todas. Si podemos adquirir nuevas noticias respecto á las otras sesiones, las comunicaremos á nuestros lectores y emitiremos nuestra modesta opinion sobre esos acuerdos.

Entre los puntos discutidos los hay, no solo de grande interés, sino de verdadera novedad, como es el 9.^o, que propone, para delitos leves, la sustitucion de la pena de arresto por el trabajo forzado en libertad. Este sistema se ha ensayado ya en Prusia para reemplazar la prision subsidiaria en los insolventes al pago de multas.

Aunque se dice que asistieron al Congreso representantes de España, no se dice quiénes eran. Sería de desear que se publicasen sus nombres, y que ellos á su vez prestasen el patriótico servicio de publicar sus impresiones y juicios, por resultado de las deliberaciones á que asistieron, para examinar luego lo que fuese aplicable con ventaja á nuestro pais.

En ninguno, como en España, hace falta esa aplicacion; pues así como otras naciones perfeccionan lo establecido, aquí hay que principiar por establecerlo todo, porque de casi todo se carece en este ramo, segun repetidamente hemos demostrado en artículos anteriores.

Antonio Guerola.

LA CARIDAD PARA CON LOS CRIADOS.

Todos estamos de acuerdo en lamentar el mal estado en que hoy se halla el servicio doméstico y criticar las faltas de los criados, sin pensar que quizá ellos echan también de menos añejas costumbres que dulcificaban su situación, que, á poco que reflexionemos, comprenderemos que es triste, ni hagamos nada para mejorarla, reiterando ó perfeccionando el modo de ser de estas relaciones sociales tan necesarias.

Con cariño recordamos aquellos encanecidos y fieles servidores, que formando parte de la familia, distraían nuestras infantiles veladas, ya narrando antiguas consejas, contando vidas de santos, ya enumerando servicios prestados y mercedes recibidas, ya contando las bodas de nuestros abuelos y la alegría de la fiesta de nuestro bautizo.

Con cariño lo recordamos, comparando con sentimiento modernas costumbres, que hacen hoy estraños y mercenarios á los que antes formaban parte integrante de la familia.

¿De dónde proviene el mal? Todos contribuimos á él; pero nosotros somos los llamados á reformar ó modificar las costumbres dando el ejemplo.

La caridad, base de la moral cristiana, debe ser la que nos guie en nuestra misión.

Tomamos y dejamos nuestros criados con la mayor facilidad, no solo sin conocer antecedentes, sino también sin enterarnos de sus inclinaciones y costumbres.

En el extranjero hay escuelas sostenidas por los municipios, donde se da educación especial para el servicio doméstico y con esto se consiguen las buenas formas y los conocimientos necesarios; pero no se logra la fidelidad, cariño y moralidad, móviles principales para el cumplimiento de los deberes. Nosotros creemos que las verdaderas escuelas deben ser nuestras propias casas, siendo profesores el orden y el buen ejemplo, y tomando nuestros criados de familias honradas y conocidas por sus buenas costumbres, pudiéndolos escoger entre nuestros colonos ó entre los artesanos que en algún modo dependen de la casa. En vez de esto, ¿qué es lo que hallan los criados que suelen venir rudos y groseros, pero no corrompidos, á las grandes poblaciones? Hallan desvío, si no dureza en el trato; ejemplos frecuentes de los vicios, cuyas opuestas virtu-

des queremos ver en ellos; poco respeto, sin el cual no pueden tener la dignidad de cuya falta les acusamos; violencia de nuestra parte por faltas pequeñas, que los impulsa á cometerlas grandes; y algunas veces, triste pero necesario es decirlo, hallan la seducción y los escollos donde su virtud fracasa. Los criados corrompidos, que muchas veces se convierten en criminales, son quizás una especie de esponjas, que han ido empapándose de todo el mal que han visto y experimentado.

Pasando por grados desde los trabajos mas sencillos hasta los mas complicados, los criados pueden educarse y aprender sus respectivas obligaciones, tomando cariño y llegando progresivamente á ser mirados por sus amos como cosa propia. San Francisco de Sales nos aconseja que los tratemos como á prójimos y hermanos, como nosotros quisiéramos ser tratados si estuviésemos en su lugar. Sigamos este santo consejo, recordemos antiguas costumbres aprendidas al calor del regazo maternal, acomodémoslas á las exigencias de la moderna sociedad, y conseguiremos en nuestros hogares la probidad y abnegacion necesarias para que los criados formen parte de la familia. Muchas personas hay que ejercen la caridad fuera de su casa, y en ella ni aun son justos, porque en rigor, lo que pedimos para los criados, el buen ejemplo y el buen trato, mas que caridad es justicia. Al que no se lo parezca, hágalo como misericordia, recordando que *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

Maria de la Peña.

LA CONSTRUCTORA BENÉFICA.

De las dos personas á cuya disposicion dejó la Sra. Condesa de Krasinski el legado de 25.000 francos, que se ha destinado para base de *La Constructora Benéfica*, sociedad proyectada con el fin de hacer aquí un barrio de obreros; de esas dos personas, repetimos, una que era la Sra. Condesa de Espoz y Mina, ha fallecido como saben nuestros lectores, y la otra, física y moralmente quebrantada, ha tenido que ausentarse temporalmente de esta capital en busca de aires mas puros y vida mas higiénica, que repare algo sus abatidas fuerzas.

Por esta razon no se ha iniciado en España la suscripcion, ni se ha dado el impulso que en su dia tendrá tan benéfico pensamiento. Entretanto, la Comision española de París sigue activando la suscripcion en aquella capital, con un celo que la agradecemos profunda-

mente. He aquí lo que se ha adelantado desde el número anterior de esta Revista.

	<i>Suma anterior..... Francos.</i>	10284
D. Martin Pedroso.....		250
D. Pedro R. Pedroso.....		200
D. Julio de Ibarra.....		20
D. Ventura Marcó del Pont.....		200
D. Gustavo Arosa.....		100
D. Juan de Aladro.....		100
D. Eurípides de Escorriaza.....		150
Excmo. Sra. Doña Leila A. de Jimenez.....		100
D. Fermin Riera.....		50
Marquesa viuda de Castelflorite.....		80
Doña Mercedes Gonzalez.....		100
D. José de Echevarría.....		40
D. Felix Bazan.....		20
D. Emilio de Alfonso.....		20
Un obrero español.....		5
Un amigo de España.....		5
D. José de Sarachaga.....		50
D. Gregorio Ibarra.....		5
Sr. de Manzanedo.....		500
Sr. Marqués de Casa-Irujo.....		40
Sres. Giraudeau de Saint-Gervais.....		20
Sres. Fumouze Frères.....		100
Sres. Brou de Laveyssiére.....		30
Sres. Labelonye y Compañía.....		25
Sres. Fournier y Compañía.....		100
Sres. J. Ortiz y Callabets.....		105
D. Justo Mazorra.....		10
Sr. de Mitjans.....		500
D. Luis de Lapiedra.....		100
D. Carlos Carlo.....		100
	<i>Suma, francos.....</i>	<u>13409</u>

Vemos, pues, con especial satisfaccion, que la idea de construir aquí un barrio para pobres halla grata acogida en la colonia española de París; que los que viven en suntuosos hoteles franceses no se olvidan de las pobres viviendas de los obreros españoles; y que el vértigo financiero del grande empréstito, que con tan fabuloso éxito acaba de hacerse en la capital de Francia, no absorbe toda la aten-

cion ni todos los fondos, pues aún los hay para nuestra empresa cuando solo está iniciado su pensamiento.

Dicen que ese empréstito es un negocio de ganancias positivas en dinero. Segura es también la ganancia en bendiciones de gratitud de los pobres, que tendrán los suscritores á la *Constructora Benéfica*.

Antonio Guerola.

LA COLONIA.

Por E. Souvestre. Traducido por Doña P. T. y M.

(Continuacion.)

Los dos hombres eran del mismo parecer é hicieron un movimiento para seguir á Ritler; pero la vista de mistres Koppel detuvo de repente á Arturo.

—¿Y esta pobre muger que no puede seguirnos? dijo, bajando la voz, á sus compañeros.

—¿La beata? replicó Jorge; que Dios la asista, puesto que en él tiene tanta confianza; nosotros no podemos arrastrar esa carga inútil.

—¿Qué! ¡abandonarla á una muerte cierta! replicó Tarling; eso no puede ser, señor Jorge Ritler.

—Entonces, caballero Tarling, podeis cargar con la vieja devota, replicó irónicamente el contrabandista; en cuanto á mí, encuentro ya bastante difícil salvar mi piel, sin ocuparme de la de los demás.

—¿Con que no quereis ayudar á esta buena accion?

—¿No, por todos los diablos!

—¿Pues bien! exclamó el naturalista indignado, yo me encargaré solo de esta desdichada. El mismo infortunio nos ha reunido, debemos asociar nuestras fuerzas, como el azar ha asociado nuestras miserias. Mientras pueda dar un paso, no desatenderé á los que el dolor y el abandono ha hecho mis parientes.

—Si esta anciana es nuestra parienta, la debemos asistencia, dijo William Trot con su habitual jovialidad; quiero á mi nueva familia, tanto mas, cuanto que hasta ahora no he tenido ninguna.

Y volviéndose hácia Mistres Koppel:

—Vamos, prima, continuó tomándola la mano, es preciso hacer un esfuerzo para encontrar un albergue: trataremos de que nuestros brazos os sirvan de silla de manos, pero por Dios, haceos ligera.

La recomendacion era inútil, porque la enfermedad habia pues-

to á la pobre muger en un estado de demacracion, que le daba apariencia de una sombra. Sus dos compañeros apenas notaban su peso, y se reunieron bien pronto con Ritler, que acababa de entrar en la parte sombría de la isla.

Pero la marcha, facil al principio, se tornó bien pronto en dificultosa, á causa de las altas yerbas y de los arbustos que cubrian el suelo. A pesar del follage, el calor se hacia sentir cada vez mas sofocante. Los náufragos, jadeantes y aniquilados por la sed y la fatiga, llegaron, al fin, en medio de una espesura tan cerrada, que no se veia ni una pequeña abertura por ninguna parte. William fué el primero á quien faltaron las fuerzas: se detuvo con la enferma mientras que Jorge y Tarling iban á explorar el terreno; pero despues de algunas tentativas inútiles, volvieron á reunírseles igualmente desanimados.

Encontraron á Mistres Koppel y al titiritero tendidos en el suelo, y en la imposibilidad de volver á emprender la marcha. Jorge los mostró á Tarling.

—Ya veis que su negocio está concluido, dijo bruscamente; es preciso que mueran ahí como perros. Puesto que vos sois mas robusto, venid á ayudarme, y entre los dos tal vez podremos abrirnos un camino por enmedio de esa infernal espesura.

—Con la condicion de que volvais conmigo á recogerlos cuando hayamos encontrado una fuente y un albergue, respondió Arturo.

—Y ¿qué quereis hacer con ellos? interrumpió el contrabandista con dureza. Si estamos condenados á permanecer en esta isla, ¿qué servicios podemos esperar de semejantes compañeros? ¡Una muger enferma y un titiritero!

—Aunque nos fueran inútiles, no por eso tendríamos menos obligaciones para con ellos, respondió Tarling. Busquemos un camino como quereis; pero cualquiera que sea el resultado de nuestras tentativas, volveré á buscarlos para hacerles compartir mi suerte.

Jorge y Arturo se lanzaron de nuevo á la espesura, y no tardaron en encontrar una roca que cerraba el paso. Obligados á dirigirse hácia la derecha, se vieron detenidos por unos setos impenetrables; y por último, despues de desesperados esfuerzos, se encontraron otra vez en el mismo sitio donde habian dejado á William y Mistres Koppel.

Ambos se dejaron caer en el suelo bañados de sudor, con la garganta seca, y medio muertos de fatiga y de sed. ¡No habia ya esperanza! Una fiebre ardiente los devoraba; sus ojos, cubiertos por una nube, veian flotar los objetos; habian perdido hasta ese instinto de conservacion que sostiene en nosotros la voluntad y no aspira-

ban ya mas que á una pronta muerte, que pusiese fin á sus sufrimientos.

Replegados en el estrecho espacio que la espesura defendia contra el ardor del sol y con el rostro apoyado sobre sus rodillas, todos guardaban un silencio feroz, cuando Mistres Koppel levantó lentamente la cabeza y empezó á mirar en derredor.

Por su estado enfermizo era menos sensible á las necesidades que atormentaban á sus compañeros, y la costumbre de los climas abrasadores, donde habia vivido, le hacia soportar sin trabajo el calor que á ellos les abrumaba. Incorporándose un poco y volviendo el rostro en todas direcciones, aspiraba el aire y prestaba atento oido á los ruidos producidos por la brisa.

Por un fenómeno singular, pero observado con frecuencia, la debilidad habia acrecido la sensibilidad de sus sentidos. La sobreescitacion de los órganos les habia comunicado una delicadeza de percepcion, á la que se añadia además esa perspicacia que poseen los enfermos, que está tanto mas ejercitada, porque es como un suplemento en la multitud de sus ineptitudes ó imposibilidades.

Despues de haber escuchado algunos instantes con cierta indiferencia, Mistres Koppel hizo un movimiento, se incorporó mas é inclinó la cabeza hácia el Norte. No se oia mas que el bramido del mar, á través del cual se distinguia por intévalos el murmullo de la brisa atravesando por entre el ramaje de los árboles de la isla; pero este último ruido pareció fijar particularmente la atencion de la enferma.

Todos los que hallan encantos escuchando los rumores del viento en los árboles, saben cuán diferentes y variados son estos rumores, segun la naturaleza del follage que los produce. Para el soñador pensativo que ha estudiado estos vagos murmullos, cada árbol agitado por la brisa es como un instrumento que produce un sonido particular y distinto. Ahora bien, en sus horas de soledad y meditacion, Mistres Koppel habia debido acostumbrarse á reconocer estas voces del espacio. Así, despues de un silencio bastante largo, que pareció emplear en apreciar la sensacion que experimentaba, exclamó de repente:

—Tenemos un bosque de cocoteros á corta distancia y en esta direccion.

Los tres náufragos levantaron la cabeza al mismo tiempo.

—¡Cocoteros! repitió Arturo reanimándose; si fuera cierto, estábamos salvados.

—Estoy segura de ello, dijo la enferma señalando al Norte, con una confianza siempre creciente; he escuchado durante cinco años el ruido de esos árboles desde la ventana de mi cuarto, que no po-

dia abandonar, y mi oído ha aprendido á distinguirlo; el bosque no puede estar á mas de ciento cincuenta pasos.

Por muy insegura que fuera la noticia, los tres compañeros hicieron un esfuerzo y avanzaron hácia el lado indicado.

Primero les costó algun trabajo franquear la espesura de plantas salvajes y de bambúes que rodeaba la especie de pradera donde se encontraban encerrados; pero consiguieron al fin hallar una salida y á la vuelta de un promontorio poco elevado, vieron el bosque anunciado por la enferma.

Ritler dió un grito de alegría, que se cambió casi en el acto en exclamacion de desaliento; eran los cocoteros tan altos, que sus frutos estaban fuera de alcance.

—¡Buen descubrimiento! ¡Esta desdichada fruta no servirá mas que para aumentar nuestra sed y nuestra hambre! exclamó.

—¿Por qué? preguntó William.

—¿Por qué? repitió Jorge, porque á la altura en que están, no podemos esperar mas que verlos.

—No, con vuestro permiso, interrumpió el titiritero con cierto orgullo. William Trot ha hecho mas altas ascensiones por un solo *schelling*, y no nos quedaremos sin almorzar porque á nuestro patron se le haya antojado poner la mesa en lo alto de estos arbolitos.

Hablando así, William, que habia recobrado todo su buen humor y parte de su agilidad, se quitó el cinturón, del que hizo un punto de apoyo imitando el método indio, y empezó á trepar á la cima de uno de los cocoteros, del que bien pronto hubo cogido los mejores frutos.

Despues de haber mitigado su sed con la leche sabrosa que contienen, nuestros tres náufragos volvieron junto á la enferma, que á su vez bebió, y á la que despues ayudó Ritler á llevar al bosque que por su indicacion habia sido descubierto.

Al coger los cocos, William Trot habia podido reconocer las partes mas accesibles del islote, y ver toda su configuracion. Guiándose por sus informes se dirigieron hácia la derecha, y llegaron á un arroyo cuyo curso siguieron hasta el pie de una roca, bajo la que desaparecia para ir á arrojarse en el mar.

El sitio, abundantemente poblado de cocoteros y árboles de pan, no podia ser mejor elegido para un campamento. Estaba á un mismo tiempo abrigado contra la tempestad y á la vista del mar, del que no apartaban los ojos, á fin de observar si por una feliz casualidad llegaba algun buque por aquellos parajes.

Ritler se ocupó en el acto de construir un *ajoupa* de bambúes y hojas de palmera, bajo el cual encontraron todos un abrigo antes de

llegar la noche. Se fue en seguida á la costa para ver si podia encontrar algunos mariscos y volvió trayendo una tortuga verde que habia sorprendido entre las rocas. William Trot habia conseguido encender una hoguera, que sirvió para asar esta preciosa presa. Todos habian recobrado el ánimo. Cenaron alegremente, y Mistres Koppel, en el momento de acostarse sobre su lecho de hojas, dijo en voz alta una oracion de accion de gracias. Tarling se asoció francamente á ella, William se contentó con quitarse la gorra, y Jorge Ritler se acostó encogiéndose de hombros.

El dia siguiente fue consagrado á la continuacion del arreglo interior y á buscar nuevos recursos. Los tres hombres reconocieron la parte de la isla que podia ser explorada y calcularon lo que podian esperar de ella. Desgraciadamente el naufragio los habia arrojado en uno de los islotes menos estensos y menos fértiles del archipiélago de Bergh. Los árboles fructíferos eran allí poco numerosos y no se veian mas que algunas aves acuáticas, que tenian sus nidos en la cima de las rocas.

Ritler esperaba que la pesca podia suplir la insuficiencia de estos recursos. Hizo redes con fibras de bananos, fabricó anzuelos con pedazos de conchas de tortugas, y cestas con hojas de *curcuma*. Pero todos sus esfuerzos alejaban con mucha dificultad el hambre de la pequeña colonia; él solo era fuerte y mañoso y le era preciso mantener á todos con su industria. Con frecuencia se quejaba de ello á Tarling, amenazando con *hacer rancho aparte*.

—¿Por qué conservamos á esta vieja, que pasa el tiempo entonando cánticos ó tejiendo yerbas secas, y á este bailarín de cuerda, que no hace mas que dormir á la sombra, ó pierde horas y horas en domesticar un pájaro? Quedan ya muy pocos frutos en los cocoteros; los árboles de pan están completamente despojados; yo no he pescado tres peces desde hace ocho dias. ¿No es una locura persistir en mantener dos bocas inútiles?..... Podría decir tres, porque vos mismo, Sr. Tarling..... ¿de qué sirve vuestra ciencia de la creacion, sino de haceros perder la mayor parte del dia en inútiles pesquisas por los bosques? ¡Por todos los diablos! No pueden continuar las cosas de esta manera; cada uno debe vivir por su cuenta y bastarse á sí mismo.

—No, respondió Arturo con dulzura, cada uno debe vivir para todos, y ayudar al bienestar de los otros. Tened un poco de paciencia; ya llegará la hora de probar que nuestras fuerzas y nuestras facultades, tal como son, pueden servir para algo; porque en la tierra no es inútil nadie mas que los egoistas.

Pero á pesar de estas promesas, seguia Jorge solo proveyendo el

alimento cotidiano. Una tarde, despues de haber pasado muchas horas pescando sin poder coger nada, fue arrastrado su aparejo por el único pescado que encontró. Al quererlo perseguir, tropezó su desnudo pie con un coral que le hizo una profunda herida, y solo consiguió volver al *ajupa* á costa de sufrimientos y esfuerzos inauditos.

Por otro lado William, que acababa de volver con su pájaro domesticado, no habia traído nada y Tarling estaba ausente, herborizando sin duda, al otro lado de la colina.

Ritler exhaló su cólera en maldiciones contra sus compañeros y contra sí mismo. Decia que si no hubiese querido ocuparse mas que de sus propias necesidades, nada le hubiera faltado y hasta tendria una abundante reserva; pero que como habia tenido la estupidez de hacerse el proveedor de todos, habia agotado por ellos los recursos de la isla, á la par que sus fuerzas, y al presente se veia condenado, á consecuencia de su loca generosidad, á morir de hambre.

William y la enferma escuchaban estas reconvenciones sin responder. ¡Ellos tambien tenian hambre! Despues de dos meses de esperanza, se encontraban en la misma situacion que el dia de su naufragio, cuando una especie de adivinacion de mistres Koppel los habia preservado á todos de la muerte. Jorge continuaba deplorando en voz alta lo que llamaba su imprudencia.

—¿Dónde está ahora el sábio? exclamaba haciendo alusion á Tarling: se ocupa sin duda de contar las hojas de una flor ó disecar una planta, esperando que yo le habré pescado su cena: esto es muy cómodo.

—Sois injusto, Ritler, dijo Arturo que acababa de aparecer en la puerta del *ajupa*, porque el sabio ha empleado muy bien el dia.

—¿Y qué nos trae? preguntó irónicamente el antiguo contrabandista; ¿un insecto raro, una piedra curiosa ó algun poco de yerba adornado con un nombre latino?

—Nada de eso, amigo mio.

—Entonces, ¿qué es?

—La abundancia para hoy y para siempre.

Al decir esto Tarling sacó de una cesta de corteza de *balibayo*, tejida por mistres Koppel, unas raices feculentas, que gracias á sus largas pesquisas habia conseguido descubrir: eran el *papao* y el *baba*, legumbres muy en uso en todas las poblaciones de Oceanía y que sus estudios le habian hecho reconocer. Habia encontrado asimismo criaderos de *gapsgaps* y de *ignames* próximos á madurar. Explicó á sus compañeros sus propiedades nutritivas y el modo de multiplicarlos por medio del cultivo, de manera que no tuviesen que temer el hambre en adelante. (Se continuará.)